

Don Crespo, historia de un zamorano de Muga de Sayago

Delia Gloria Otero Crespo

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo atiende a dos vertientes para las cuales fue escrito. La primera, intenta acercarse a un contenido emergente de lo que significa el fenómeno migratorio en la comunidad de Castilla y León, siendo un problema crónico desde el siglo XVIII hasta casi los años 80 del siglo XX, habida cuenta que fue exportadora habitual de una mano de obra necesaria para la zona de origen. Es importante destacar que debería haber sido poblada a futuro y espontáneamente por sus habitantes originales. El lugar tendría que haberse desarrollado con ellos, con su compromiso y su adhesión, así se hubiera enriquecido y se hubieran marcado las pautas de un futuro con despliegue humano acorde. El mismo podría haber contenido sus derechos y obligaciones, los que hubieran sido afines a su participación y entusiasmo. Por ello, resulta enriquecedor que la memoria personal escrita, sus testimonios, sus fotografías, sus documentos, hagan su contribución, al servicio de los estudios sociales y para respuesta de los historiadores con la idea de convertirse en una fuente de información nada despreciable. Para lo dicho, es necesaria una recuperación de su memoria.

La segunda corresponde a una biografía personal que durmió durante años en baúles y desvanes, esperando la magia del amor que se tiene por las raíces y pudiera despertar en forma de homenaje familiar, de contribución histórica, de importancia para los análisis sociales dándole un valor justo. El escrito nos muestra a un hombre simple, de trabajo, de importante vuelo, fortaleza espiritual y moral; con cierto gracioso toque de ironía en sus dichos, que a veces volcaba hacia sí mismo o hacia el prójimo. Pensaba, sentía cosas que ahora se valoran desde el punto de vista afectivo y de la investigación profunda y nos permiten desentrañar conductas, que eran comunes en los hombres y mujeres

que asumieron la idea de partir. Era una persona que, generación por medio, supo transmitirme narraciones, recuerdos, añoranzas, que hoy se pueden reflotar a través de versiones, de dichos, de recordarlo, de tenerlo presente en forma cotidiana en la jerga familiar, gracias a su natural e incuestionable sello personal.

Este mensaje corresponde al acopio que hice como niña inquieta, insistente y curiosa, joven anhelante de conocimiento del alma humana, de los grupos sociales de otras latitudes, de las profundidades que tiene cada ser y por último, como mujer coleccionista de fotos, de partidas de nacimiento, de todo aquello que me acercara a la evaluación de la esencia de las personas en general. Mi mano se desliza, mientras lo que llevo adentro surge en forma de manantial y siento su inconfundible guía.

Escribo sobre mi abuelo materno, don Prudencio Crespo, del que guardo un entrañable recuerdo de respeto, cariño y agradecimiento. Para mí, él no sólo es parte de mis raíces y de mis costumbres, sino además por quien me acerqué al reconocimiento de mi identidad; accedí y valoré mi raza y mi sangre española; pude unir un espacio, que había quedado flotando en el tiempo. Esta reseña representa algo importante desde el sentimiento familiar y desde el fenómeno social, un efecto rebote valioso como elemento común de mi generación. En la actualidad, su alma y la de muchos familiares mencionados descansan en paz en el cementerio municipal de Libertad, Santa Isabel, Merlo, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Ellos fueron seres reales, con sentimientos, ambiciones, errores y aciertos, de cuyo paso por la vida terrenal dan testimonio algunos documentos y fotos que pude desempolvar de los arcones del pasado. Sabiendo que los que aún están sobre esta tierra valoran y adhieren al presente texto, a sus reflexiones y aún a su descubrimiento, aprovecho para agradecer su apoyo y afecto brindado. Todo ello hizo posible un relato que, en forma espontánea, puedo transmitir; producto de lo que mis oídos y mis labios extrajeron desde sus nostálgicas manifestaciones verbales y desde su extraordinaria fuerza emotiva.

DON CRESPO, HISTORIA DE UN ZAMORANO DE LA MUGA DE SAYAGO

Yo solía pasar los fines de semana, cortos y largos, muchas de las vacaciones de la escuela de verano y de invierno en la casa de mis abuelos. Razón por la cual sus costumbres las conozco como si hubiera sido mi propia casa.

Entrando por la puerta principal de madera maciza, desde el Boulevard Los Patricios 1517¹, estaba el zaguán con su correspondiente puerta cancel de

¹ Así figura en mi Libreta Cívica de los 18 años. (N.A.).

vidrios partidos. Luego, lo que siempre llamaron “el escritorio”, además, completaba el lugar la biblioteca y el juego de sillones vieneses bien lustrados sobre los que se lucían almohadones confeccionados para hacer más grata la estancia. Desde este recibidor, que se usaba para atender situaciones importantes como recibir clientes, proveedores, promotores de seguros, pedidas de mano de las hijas y visitas formales pero de cierta distancia, se salía al comedor principal, al dormitorio de mis abuelos y al comedor diario. El comedor de todos los días se conectaba con la cocina, con el baño instalado con todos los sanitarios y azulejado en blanco, con el dormitorio de las chicas y con la “puerta esquinero”. Atravesando ésta, se accedía al lavadero y al patio de atrás, el cual tenía sus ventanas cerradas con un cruzado de madera que no impedía disfrutar del fresco en los distintos momentos del día y de las lecturas a la hora de la siesta. En los fondos había dos galpones², caballerizas y parque con árboles frutales y salida de carros.

Pruden estaba acostumbrado a levantarse temprano y despachar los dos carros con caballos manejados por sus “dependientes”, que partían hacia las quintas de sus clientes, cargados de pedidos de su almacén de ramos generales. A media mañana, a eso de las 11, se tomaba un pequeño descanso para leer las noticias del día en el diario “La Prensa”. El lugar elegido para ello era un patio que tenía enrejados de madera en sus ventanas y yo también lo tomaba como sala de lectura de revistas e historietas. Nuestro encuentro era entre casual y mágico, yo adoraba escuchar sus historias y él sentía que era su espacio para contarlas. Cierta vez le pregunté: ¿Qué motivos propiciaron tu partida hacia Buenos Aires en 1919, los que te llevaron a un lejano, incierto y poco claro destino? A lo que me respondió con las siguientes palabras:

“Mira chica... sabes, allá muy joven en mi “Muga de Sayago”, pensé que, existían otras sendas mejores para mis sueños, que hicieran realidad mis fantasías de joven deseoso de algo más. El presente me deparaba sólo rutina, hartazgo, aburrimiento y no contenía mis sueños. Claro, quería una senda diferente, un espacio que me brindara ese poder concretar con trabajo mis aspiraciones. Parecía que estallaban mis venas y que iban más allá de ganarse un magro sustento diario. Quería hacer del mundo algo próspero, digno de ser vivido. Recuerdo que, mirando mis manos, pensé son mansas y fuertes, quizás lejos podría llenarlas con algo más que quimeras, porque de esa forma las sentía amarradas... a una aburrida cotidianidad, a una chatura incorregible y sin sentido. Mi clima familiar lo propiciaba, mi padre había muerto y un profundo vacío se ahuecaba en mi alma. Lo había perdido de muy niño y la nueva

² Cobertizos, almacenes. (N.E.).

compañía de mi madre, con nuevos hermanos, no me alentaba a seguir bajo ese mismo techo. Con mis escasos dieciocho años, miraba el árido horizonte, llano y lejano y apreciaba mi vieja Castilla, sus cielos, sus auroras sus atardeceres plagados de historias, de sus leyendas medievales, con otras circunstancias que ya no eran envueltas en ese presente de una nebulosa de días diferentes. Los caminos, saliendo de mi pueblo, me invitaban a ver más allá y a percibir, lejano el mar grande y profundo, ese sentir alentaba mi esperanza y aplacaba mi fuerte prisa de realizaciones. Durante muchos días acariciaba mis sueños y buscaba mi manera de poder ir tras ellos”. ¿...Y cómo fue tu despedida del lugar que te vio nacer? ¿Qué cosas dejabas atrás de ese lugar? ¿A qué te aferrabas? Su contestación venía preñada de seriedad, no podía disimular la emoción que lo embargó en ese momento.

“Bueno... aquel día, el de mi partida, me fue eterno, algo confuso, algo alienante para la mente de un chico apenas, que no sabe bien detrás de qué corre. Me levanté con la aurora y empacando mis precarias cosas, dejé atrás mi casa. Aún llevo el recuerdo de sus aromas, de sus luces y sombras, de la siempre presente obligación a cumplir, de las tareas asignadas. Nublados mis ojos de lagrimas, me despedí de mi madre, de cuyo rostro salían bendiciones sin lágrimas, por esa fe que tenía que era lo mejor para quien lo quiere así. El recuerdo de su cara, surcada por el trabajo, los hijos, la vida, me acompañó el resto de mis días, fue mi apoyo y mi tranquilidad.

Aquel barco enorme procedente de Londres, el “Highland Rover”, hacía una parada en el muelle de Vigo el 19 de diciembre de 1919, era el puerto de aguas profundas más cercano de mi casa. No sé ahora todas las conexiones que realicé para encontrarme en ese lugar, pero una vez que partió, empecé a vivir la hora de asumir con toda seriedad adulta, mi plan trazado, amasado y concebido desde hacía tanto”.

Se me ocurrió que ese océano profundo lo alejó y también lo unió a sus raíces, ¿fue el cerco infranqueable por el que nunca regresó? Por respuesta me dijo:

“Como tú comprenderás, el barco rolaba y hacía que en su vaivén, viera al mar como se henchía y aflojaba, mis ojos imaginaban donde llegaría. Sabía por relatos que Buenos Aires era la ciudad capital de una república americana hacia la cual se iban muchos de mis conocidos a probar un mejor pasar. Allí dirigía mi expectativa. Seguro tendría que luchar para ubicarme en todos los sentidos, mi necesidad de trabajo, sustento, vivienda, se ofrecerían contratos verbales, a lo mejor ruindades, que no sabía si estaba dispuesto a abordar. Mi documentación decía que era jornalero. Era verdad, estaba dispuesto a cumplir jornadas de trabajo de la mejor manera posible, para que me dieran lugar a un afincamiento, a la posibilidad de una confianza con alguien como yo, que ellos no conocían. En alguna medida, me sentí acompañado en mi trayecto por

gente que tenía un mismo denominador común. Trataba de hablar con ellos, oír sus necesidades, sus expectativas, enterarme de sus ideas para también llegar a mi propio fin. A la síntesis y conclusión de ¿a qué iba y por qué me había marchado? Aunque me lo expliqué antes, trataba de poner sobre mi balanza las fortalezas que sustentaran mi argumento y las debilidades de mi osada y sin vuelta decisión.

Retumba en mis oídos y al latido de mi corazón, el sonido cadencioso e imperturbable, en cierta medida burlón, que me decía *ahora, baila... baila muchacho, ya no hay regreso*. Por momentos me sacudía el miedo, por otros me alentaba la esperanza”.

Había una rada para tu esperanza, un llegar a ese hotel de los inmigrantes, más allá del recibimiento amable, ¿a dónde ibas? ¿Cuál fue la inquietud que te impulsaba siempre hacia adelante? Desde una realidad más tranquila ya él pudo contarme.

“Tú sabes que, era claro que para ellos éramos inmigrados, llegados de algún lugar. Y nosotros sentíamos que la palabra era emigrados, partidos de España. Más allá de esa diferencia que te hacía desigual, fuimos acogidos con total respeto, hasta la deferencia de darnos un lugar, en donde parientes o amigos podían encontrarnos. De última, no tenía a nadie, pero el lugar me dio una parada, un respiro, un pensar hacia dónde ir.

Como llegué a Buenos Aires decidido a tirar siempre adelante, a luchar sereno desde las simientes, no tuve miedo al desafío que tenía a mis pies. Esto era América, la soñada América, la que hablaba mi idioma, la que me recibía con sus brazos abiertos, la que no me pedía a cambio nada más que mi trabajo, mi honestidad y mi anhelo. La tierra grande que había que poblar, la de tantos que, como yo, iban a probar, a jugar una baraja valiente...

Mi alma entró henchida de gozo. Mis pies sintieron el suelo firme a pesar del temblor que no podía contener. Mi bagaje tenía más que ver con lo que no traía, que con el precario atado de mis pertenencias”.

¿Cómo fueron los principios de tu nueva vida? ¿Cómo hiciste para despegarte de tus costumbres y adaptarte a esa ciudad enorme con sus hábitos, con su hablar extraño y paisaje tan diferente?

“Bueno... comencé a trabajar con alegría y entusiasmo, una mañana, acomodando mercaderías que adornaban un local, en el centro mismo de la ciudad de Buenos Aires. Joder con el tío, me decían... La noche me sorprendía cansado y las mañanas venían demasiado pronto y con ganas de seguir en la cama de una vieja habitación alquilada en los arrabales. La humedad arreciaba, los aromas ya no eran a desayuno y a hogar. Un piletón en donde refrescarme, un baño compartido, no siempre limpio, un calentador donde entibiar mi comida de la noche y unas luces apenas perceptibles, iluminaban mi llegada después de la faena cotidiana. Fui sugerido por un conocido, con el que

trabé amistad en la misma venida, creía yo que como jornalero tendría varios ofrecimientos, pero no fue así.

Mira... por momentos pensaba en las festividades religiosas de mi pueblo, en mi madre, en mis hermanas y me asaltaban las ganas de escribirles, de contarles, de verlos a todos, los tíos y tías que por alguna razón u otra eran parientes. Con algunos amigos ocasionales, que me invitaron a su casa, pasé mi primera Navidad de 1920 lejos de mi familia. Pensaba si eso ¿sería la adultez? La madurez del hombre, aunque hubiera ese margen de nostalgia.

Entregaba productos comestibles en el domicilio de los clientes de un almacén importante, luego de no poco caminar por esas calles porteñas. Limpiaba letrinas pestilentes, vidrios, pisos, repasaba mostradores y vidrieras. La cuestión es que me conformé con lo que venía que era mucho más que nada. Me dije: esto es el principio, voy a generar los medios para cambiarlo. De todas maneras iniciaba cada día con entusiasmo y alegría expectante. Las cosas lentamente cambian, rotan y pueden ser la ocasión de un inicio que nos lleve hacia donde queremos ir.

De tanto ir y venir con esas canastas de mimbre, fui conociendo lugares, vecinos, y empecé a formar mi propio gusto por las cosas. A ampliar mi abanico de conocimientos. A elegir sobre lo que consideraba bueno y me llevara por el mejor camino. Mi cultura previa decía que tomar lo que se ofrecía, sin miramientos ni pretensiones, era lo correcto. Ya no pensaba de esa manera. Así se fue formando en mí, la idea de tener mi propio capital operativo, productos para la venta, fiado, ofrecer y entregar para el beneficio de un saldo favorable. Descubrí los lugares de mayoristas, compraba la oferta para empezar, para luego incorporar, no sólo nuevos productos, sino ampliar el contenido de la cartilla ofertante. En los pueblos nuevos pequeños había más interés, no contaban con ese servicio de entrega personalizada a domicilio.

Pasados los primeros meses de mi aventura migratoria y escurrido el miedo, se me antojó que para mi sensibilidad era conveniente alojarme en las afueras de la ciudad. Ésta me apabullaba, no me gustaba la calidad de alojamiento que ofrecía, ni la competencia que tenía con mis propios pares, ni su humedad. Plagada de piezas que se alquilaban, la ciudad porteña contaba con conventillos, viejas casas solariegas de antaño para emigrantes. Solía molestarme esta situación, por lo cual encontré una comodidad más afín a mis sentimientos lejos de allí. Finalmente hallé a unas ocho leguas tomando el tren, un poblado en el oeste del gran Buenos Aires llamado Ituzaingo, donde también pude tener un lugar donde dormir y donde asearme. En los fondos de una casa, cuyo dueño era un paisano que había llegado hacía unos diez años atrás de allá y quien me dio una buena acogida, ya que era conocido de mi familia”.

Me parecía por sus comentarios que no sentía fatiga, que había muchos sudores en su cuerpo que lo alentaban, lo estimulaban y hasta lo divertían.

“Sabes, Chiqui, que no conocía el cansancio, mira... no sabía de fatiga, aunque sudara en esos veranos fuertes que supe vivir, tampoco de flaquezas aunque la duda de haber hecho lo debido me acosara, aunque la presencia de mi tierra y los ojos de mi madre me surgieran.

Con mis dos canastas, mano y mano, ofrecía jabón de lavar y de cuerpo, escobas por encargo, cepillos, franelas y estropajos. Mientras las pompas daban vueltas en mi cabeza formaban nidos de duendes, pensaba siempre cómo no flaquear en mi propia fe, en mi propia creación, en mi propio afecto y en mi propia solitaria fuerza, la que me llevara a concretar mi meta. Surgir de la nada, tener un mejor pasar, un porvenir alentador, una familia, un comercio. La tranquilidad espiritual que da el trabajo, la moral, la fe me lo darían todo”.

¿Cómo fue que sentaste bases, te afincaste en Libertad? (Partido de Merlo, Provincia de Buenos Aires)

“Lo que pasó fue que yo iba y venía y así arribé cierto día, a un pequeño y sencillo pueblito, de neto corte inglés en su arquitectura, en la fachada de sus casas, en el porte de algunos de sus habitantes y también en la sencillez de otros que trabajaban en el ferrocarril Midland (FF.CC.), cuya estación tomó el nombre de “Libertad” desde su creación.

Con algunas casas y pocos comercios elementales, decidí ofrecer mis artículos a las despensas que proveían a sus habitantes. Había algo en ese lugar, no sé si era el espíritu de su gente, su denominación, Libertad, su brillo o quizás su parecido a la sencillez de mi Muga, lo que me hizo elegirlo de entrada.

Una plaza principal y algunas casas, una pequeña capilla cristiana San José, el correo, la telefónica, el destacamento policial, la estación que llevaba hasta Antonio Sáenz en Capital Federal, distante a unos 30 Km. El Club Atlético, Social y Deportivo “Midland”, algunos comercios minoristas y quizás unos quinientos vecinos, completaban el marco hospitalario de este lugar...”.

¿Ya habías conocido el amor o fue este despertar de conciencia lo que te arrimó a ese noble sentimiento? ¿Qué sentiste por mami Ceci? Desde su tímida y reprimida manifestación por el tema, me respondió con cierto esfuerzo.

“Bueno...el amor, la pasión, uno puede conocerla. Pero pensar en formar una familia donde los sentimientos estén incluidos, eso ya es otra cosa... Lo que me decidió del todo a quedarme allí, fue conocer a Cecilia. Era grácil, dulce, casi una niña. Recién habría cumplido sus quince años aquel día cuando la vi, asombrado de tanta perfección junta. Sentí que a mi soledad le daría fuerza, compañía, expectativas. Mi corazón arrimó a un sentimiento que acababa de descubrir y presentí desde el primer momento, que tenía algo que ver con mi vida, con las ilusiones por mi aún incierto porvenir.

Era la penúltima de sus hermanos, niña tímida, alegre y ambiciosa. No tardó en comprender que ese mundo que la rodeaba pertenecía a un círculo de

familias inmigrantes, que luchaban por la subsistencia sin realces ni lujos. En sus trenzas largas, pesadas y rojizas, anidaban los rayos del sol, emergiendo en corola brillante, arrimándola más a una pequeña infanta, que a la sencillez del hogar del que procedía. Se desplazaba con cierta arrogancia dando placer a sus quimeras de pequeña mimada por sus mayores. Contenida en su familia, españoles que habían llegado a estas tierras de la América joven allá por 1908, a este poblado, procedentes de un fresco, fértil y pintoresco pueblito aragonés, la Vera del Moncayo.

Labradores, con numerosa familia, se instalaron luego de un largo y penoso camino en el Distrito 1.º hoy Libertad. Habían arribado, previo paso por São Paulo de la República de Brasil, en cuyas cercanías, la mujer del matrimonio, Luisa, había dado a luz a la pequeña Cecilia, hija número doce del matrimonio, luego de Juana, Alejandro, Leoncio, Felipa, las mellizas y vaya a saber cuántos más que hoy no aparecen en mi memoria. Ellos fueron obligados a desembarcar de su barco en el que venían desde la remota Europa, de España, luego de una no fácil travesía, en la búsqueda de un mundo nuevo, donde el pan y el trabajo no faltaran. Estaban convencidos de estar situados en la prometedora República Argentina de la que oyeron hablar y a la que habían accedido antes otros emigrantes conocidos...

Se dieron cuenta que el idioma portugués no coincidía con lo esperado, lo mismo que la fazenda³ que era de un trabajo feroz, indisciplinado y esclavo, con fuerte porcentaje de población negra sometida. Tú sabes, el hombre Don Benito fue alertado de que, de permanecer allí, corrían serio peligro su mujer y sus hijas, hermosas niñas rubias. ¡Estaban en la República de Brasil! El pobre tomó sus enseres, su mujer y sus hijos y se fue a un destino incierto desde ese lugar que había sabido a engaño. De tanto preguntar, cruzó campos y fronteras. Finalmente, después de mucho trotar en su viejo carro, llegó a un sitio verde, amplio, prometedor. Al fin pensó poder acceder a una ocupación acorde a lo que ellos eran, percibió una realidad mejor y acorde con los frutos que da el trabajo, el tesón, la esperanza. Fue contratado por la empresa inglesa de desarrollo Ferrocarril Midland Railway Co. y se fueron a los fondos de Merlo, Distrito 1º. Lo que hizo que los encontrara en mi camino.

Padre e hijos mozos, se ocuparon en tareas de mantenimiento de andenes, casillas, galpones y más tarde administrativas, en la empresa la que luego pasaría ser el denominado FF.CC. Belgrano. El aragonés fue un hombre que nunca abandonó su ocupación de labrador, sabes Chiqui, simplemente la quería. Ellos estuvieron ocupados como caseros de quinta en “La Loma”, casa de campo de la familia Becerra, que eran de la ciudad de Buenos Aires y quienes

³ Hacienda. (N.E.).

venían a este pueblo, sólo los veranos y algunos fines de semana. El permaneció poco tiempo trabajando en el ferrocarril por su carácter chispeante, no toleraba la flema inglesa, sus mandatos y la desvalorización a su persona. Una vez que logró comprar un pequeño campito donde edificar su vivienda se dedicó de lleno a la labranza. Plantaba y cosechaba verdura en general, adecuada al clima, gallinas, cerdos, huevos... Con la venta mantenía la economía familiar, lo mismo que sus hijos quienes seguían siendo ferroviarios y colaboraban para poder vivir mejor. Completaba sus cultivos con plantas ornamentales en línea de aljabas⁴, hortensias, fresias, malvones⁵, también un surtido conjunto de canarios, mixtos y cabecitas negras cantores.

Ellos tuvieron la alegría de su primer hijo argentino, Félix, en la escala de hermanos, era el número trece. Desde entonces la vida se tornó pacífica, hogareña en la bendita tierra del trabajo fructífero, que a tantos españoles, italianos, polacos y otros albergó a principios del siglo xx, exilados en cierta medida por el hambre, la pobreza y la falta de expectativas. En ese contexto, me enamoré de Cecilia penúltima de sus hijos, niña tímida, alegre y ambiciosa, cuyas primeras letras las aprendió en escuela cercana a la estación de trenes, Libertad del FF.CC. Ella, no tardó en comprender que ese mundo que la rodeaba, pertenecía a un círculo de familias emigrantes que luchaban por la subsistencia, sin realces ni lujos”.

El matrimonio de mis abuelos se concretó un 9 de septiembre de 1922, con la simpleza y la alegría de aquellos tiempos. ¿Qué fue para ti mi abuela?

“Tu abuela fue un despertar a un mundo nuevo, a la vida que aspiraba para tener mi familia. Desde el primer momento reconocí que era importante para mí. Te diré que fue bastante difícil demostrar mi posición y ofrecer mis intenciones. Era muy joven, temía a los castigos de una educación rígida y cuestionadora de los propósitos del hombre antes de salir del amparo de la familia. Uno debía ofrecer matrimonio y contar con un futuro algo sólido al menos. Después de no pocos momentos, en los que estuve tratando de ganar posición en la familia y a ella en sí, con sólo dieciséis años se convirtió en mi mujer un hermoso día de la primavera de 1922. Alquilé una casa al “Tío Bartolo”, Bartolomé Martínez, cerca de sus padres, en la que instalamos una pequeña despensa, artículos de almacén y otros, con los ahorros que había logrado juntar con bastante esfuerzo. Comenzamos así nuestra vida juntos. Ocupamos esa casa alquilada, a cuadra y media del hoy Bv. Los Patrios, a los fondos de su hermana Felipa y sus padres Benito y Luisa Gracia. A su lado, sentía que todo estaba en su lugar exacto, que ningún desacorde

⁴ Género de planta de flor también conocida como “pendientes de la reina”. (N.E.).

⁵ Geranios. (N.E.).

interrumpía el escondido coro del equilibrio amoroso. Ya tenía un soberano motivo y una inspiración profunda para luchar. A principios de nuestra vida de casados, la casa, el comercio las hijas fueron atendidas a un ritmo ordenado, febril y armónico. Las niñas María Luisa, Mirta y Emilia (Pichi) nacieron en la casa que ocupamos hasta 1930... Nuestro cariño nos acompañaba, el trabajo se nos antojaba poco al lado de tanta felicidad. Floreció en nuestro hogar la primera niña de las cuatro alegrías que nos deparaba el destino. Lloré ante el nacimiento de cada una de ellas y mirando mis manos vi que ya no estaban vacías...

Cecilia, fue en su paso como esposa y como madre, una cumplidora infatigable. De su manera dulce y protectora, tengo los recuerdos más increíbles. Seria, elegante y coqueta, siempre una imagen a imitar a la hora de ser una mujer de verdad. De sus impulsos naturales, de su finura innata y de sus carencias, extracto el porqué de su firme e intachable actuar... que no nos oiga... pero siempre fue adicta a las compras... en las tiendas, su acopio de prendas, confección, cajas con zapatos, chinelas, carteras, lanas y telas, del “turco gritón” que pasaba con grandes bolsas de telas, por el zaguán de casa. Sus idas a las tiendas de Morón y Liniers son sólo para las fiestas de fin de año. Todo ello me llena de orgullo al ver que lo puedo prodigar y también a mis hijas, sus antojos y bienestar dentro de ese inocente disfrute. Hoy se me ocurre que los mimos que les doy son pocos e infantiles comparados con otros dislates que conocí en mi vida. Pocas oportunidades tiene de lucir su guardarropa surtido, la pobre, salvo sus idas al Club Midland para las reuniones danzantes de carnaval, acompañando a las hijas y sobrinas. En invierno los domingos al cine, sin mí, tú sabes... porque no me gustan esos espectáculos y a alguno que otro casamiento de los parientes, completan sus salidas. Nuestras hijas siempre dicen: ¡somos tantas mujeres, le gusta tanto vernos bonitas y presentables, elegantes, sencillas... que siempre tiene algo que atender de nuestra ropa! Es madre y mujer firme en sus convicciones, abuela tierna y protectora, sabe transmitir la cordura y sensatez necesarias para resistir los avatares potenciales que tiene la vida. También predicar con el ejemplo, enseñar que las virtudes de feminidad con las que vienen dotadas las mujeres sirven para asumir ese rol complementario en una familia equilibrada”.

Mi abuela transmitió que las falsas competencias, los absurdos orgullos, la mansedumbre y la dulzura, la sonrisa justa en el momento justo para dar ánimo, sostén, aliento, son las verdaderas valías y el pedestal en las que se basa la primera célula social, que es la familia. Ella tenía “fobia” de que la llamaran “abuela”, aunque fue natural llamarla mami Ceci. Sería a lo mejor, porque a los treinta y cinco años, aún no sentía que se adecuara a ella, una figura de persona mayor a su madurez. Tampoco le gustaba que le recordáramos que había nacido en Brasil a lo que respondía: “¡qué te pasa a ti, sosa!”.

La nueva casa con vivienda, almacén, despacho de bebidas, galpones, caballerizas, entrada de carros y de vehículos fue en realidad la única que conocí. La alegría de mi infancia, la casa grande, enclavada en un buen lugar céntrico, frente a la plaza, en diagonal a los Boyne, la casa fue acogida con alegría y entusiasmo por la familia Crespo. Contaba con numerosas instalaciones y campo de recreación con árboles frutales y juegos de esparcimiento para las niñas. Un tiempo después de instalados, llegó Mercedes (Toti).

¿Qué representó todo este cambio para tus sentimientos?

“Bueno, abrí así con esto mi propio comercio con reparto de productos “Almacén Crespo”, forrajes y otros, en mis carros a puro yeguas y caballos, ayudado con mis dependientes, cuyo destino eran varios sitios como Pontevedra, alrededores con quintas hortícolas de portugueses, japoneses, alemanes también emigrantes... Fui persistente, continuo, tenaz en la cotidianidad, todo ello me acercó al crecimiento económico, me convertí en un rango de comerciante de cierto poderío llegando a destacarme entre mis pares. Cumplí con la meta del negocio propio. Cierta día me sorprendió el ofrecimiento de la Presidencia de la Asociación Española de Beneficencia de Merlo, lugar que haría desarrollar en mí ciertas aptitudes de caridad para con el prójimo necesitado. De a poco fui ocupando un destacado lugar dentro de donde me desarrollaba. Nunca dejé de lado la alegría que me proporcionaba la posibilidad de ayudar. Desde el consejo, hasta la parte económica de aquellos a los que aún les quedaba comenzar”.

Suenan en mis oídos el “Don Prudencio”, “Don Crespo” frente a la plaza principal. Él trataba de tenerlo todo... el producto, la sonrisa fácil, la mano amiga, el fiado pronto... aunque a veces debía recurrir al “mira, aún tienes una cuentita por saldar”. Vendía productos de almacén, combustible nafta⁶ de surtidor y querosén de tanques, vinos importados y sueltos de barriles apilados en la bodega del sótano bajo el despacho de bebidas, quesos, golosinas, cigarrillos, semillas, zapatos Merito, alpargatas Rueda y Luna, zapatillas Pampero, golosinas, carbón, leña y tantas cosas más.

En el despacho de bebidas, salón aparte, el clásico estaño, rematando en la punta con cervecera Quilmes de serpentina hielera de agua, mesas de madera cuadradas con sillas, cuadros campestres de Molina Campos y completando el mobiliario autóctono y clásico del momento y ahora de mediados de siglo XX, una heladera de madera eléctrica, cuatro puertas y ventiladores de techo haciendo juego.

Siempre le gustó cumplir con sus compromisos, buen pagador de sus obligaciones adquiridas, compraba directo al frigorífico Swift, de La Plata,

⁶ La autora del relato se refiere al combustible altamente volátil, muy inflamable y utilizado, sobre todo, como energía para motores de explosión en automóviles. (N.E.).

frigorífico La Blanca, la Cervecería Quilmes y a los mayoristas Raúl Carugatti e hijos de Merlo y a Migñiqui Hnos. de Morón. También el orden y la austeridad contribuyeron para tener siempre el crédito al día, lo que hizo multiplicar sus negocios al tener mayor capacidad de recambio, al ver como la mercadería daba pronto vuelta de las alacenas al cliente. Beneficiándose así, con el consiguiente progreso esperado. El desarrollo económico de la familia fue debido al trabajo diario en el comercio y a algunas inversiones en propiedades, alquilaba o vendía, según fuera la cuestión. Todo su trabajo y la multiplicación del capital siempre fue basado en la honradez de su actuar y en el cariño que fluía desde su familia.

Cierto día recibió carta de Muga, como solía hacerlo, era de su madre como para dejar sentado que estaba siempre latente el cariño entre ellos. Le pedía ayuda para traer a sus sobrinos los Formariz, hijos de una hermana recién fallecida. Eran tres mujeres y dos varones de edad mediana, querían salir del lugar que ofrecía poco ahora que la madre no estaba. Sacó algunos ahorros que tenía destinados a otras cuestiones y no dudó en invitarlos a venir. Llegaron algunos meses después acogidos y protegidos por la casa familiar, donde les brindaron, amparo, techo y trabajo. Tiempo después, les compró una casa para que se sintieran independientes, situación que pudieron afrontar, dado que todos estaban ya ubicados. El abuelo se alegró de verlos prósperos y honrando la confianza que les supo dar en su momento y por qué no decirlo, la circunstancia en la que lo colocó la vida de poder ayudar.

¿Qué representaron para ti tus cuatro hijas? ¿No deseabas tener un varón que te ayudara en el negocio y fuera la fuerza joven que te diera ideas, una visión más actualizada de la realidad?

“Cada una de ellas llenó una parte de mi corazón y acrecentó el entrañable cariño que sentía por mi esposa. Graciosas e inteligentes supieron dar a mi hogar el toque de distinción que siempre había añorado. A pesar que me hubiera gustado tener un varón para entrenarlo en el comercio, ellas cumplieron a satisfacción las cosas que necesitábamos en cuanto a ayuda y colaboración. Tú sabes que la casa es grande, pero antes de nada, cada una tenía sus tareas asignadas las que cumplían sin rezongar. Más que algunas rebeldías de la edad, no supieron darme otros disgustos.

Tuvieron instrucción primaria completa y algunos complementos como el corte y confección de ropa y el profesorado de piano de la Toti. Sí, me hubiera gustado que siguieran para maestras, es un lindo trabajo para las mujeres, por el hecho de ser madres parece que ya sirven para enseñar. Acá se hace difícil para las muchachas el viaje y la vuelta desde lugares más lejos. Ellas eligieron pronto la profesión del matrimonio y de los hijos. Chica, les gustaba más que las matemáticas. ¡Sí!, Pero bueno, lo hicieron con cariño y responsabilidad

Las primas, hijas de Felipa, arribaban mucho a nuestra casa luego que se les murió el padre. Eran compañía y ayuda, además vivían cerca, se armaba un conjunto de mujeres interminable. El pobre tío José Luque tenía sólo treinta y cinco cuando lo sorprendió la muerte dejando a sus cuatro chicos solos con su madre Felipa. Pilar, Rosario, Elvira y el menor, Roberto, pasaron un poco a ser hijos míos. Ellos lo requerían”.

¿Cómo tomaste el hecho que se casaran tan jóvenes? Podían haber esperado un poco antes de afrontar esa vida de casadas, que implica cierta madurez y conocimiento.

“La cosa era así a la usanza de aquellos años, partían jóvenes al matrimonio, algunas veces con acierto y otras no tanto. No me quejo de sus elecciones, eran todos buenos muchachos de trabajo y futuro. M.^a Luisa, por ser la primera, se casó en mayo de 1941, con tu padre, ya sabes, él vendía los productos del frigorífico Swift de La Plata, llegó al negocio y se conocieron. Mucha nostalgia me dio cuando partió mujer con sus diecisiete años a cumplir su cometido en la vida. Había salido de nuestro techo aunque viviera al lado, en la casita que mandamos construir a don Antonio Angeli. Después se fue la Mirta, mi mano derecha en el negocio, en 1946 no sé si aún había cumplido los diecinueve. Alfredo era un muchacho del pueblo que trabajaba en el FF.CC., se fueron a vivir lejos en Liniers. Ellos no preguntaban, decidían hacerlo luego de un tiempo de noviazgo y, bueno, era el camino a seguir. Pichi la tercera siempre estuvo de novia con Rolando, el vecino, por lo que no podría precisar yo desde cuándo. También muy joven se alistó en las lides del matrimonio en 1947 y se fueron a vivir a Haedo.

A partir de allí, nos quedamos bastante solos con Toti. Ella estuvo algunos años más con nosotros, varios años de noviazgo. Las chicas de la tía también hicieron lo propio. Una vez que las muchachas entraron en la vorágine del matrimonio, sentí que la casa estaba en orden... pero Cecilia se sintió muy sola sin ellas, con la última se le fue un pedazo de su corazón”.

Pero todo tiene su compensación porque ellas te llenaron la casa de nietos y sobrinos nietos ¿Fueron para vos una alegría de vivir?

“Tu fuiste la primera, Chiquita, eres del año 1942. Habíamos comprado cerca, en la misma manzana, un bar y restaurante. Teníamos grandes ilusiones con respeto a él. Se nos ampliaba la posibilidad de abarcar otro comercio y pensamos en ponerle tu nombre, Gloria. Luego que naciste eras tan pequeña que nadie pudo sacarte ese apodo de Chiquita. El primer varón nieto fue tu hermano Carlitos, del 45, pero en esos momentos se fueron a vivir a la capital y los extrañamos mucho.

Mira, luego vinieron los otros nietos. En 1947 Roberto Salinas y Rolando Angeli y en 1952, Alejandro Angeli y Hugo Salinas. Aún seguiremos esperando algunos más”.

En las charlas con todos nosotros, sus nietos, nos recordaba cuando los números aprendía en España...

“Las tablas, debéis aprender bien las tablas... es fundamental saberlas bien... Dos por cuatro ocho, dos por cinco diez... Nosotros volvíamos cantando camino a casa para afirmarlas en la memoria.

Y las patatas... en la Muga eran siempre las patatas... aquí hay variedad de todo a reventar pero... aquellas tenían otro sabor... mi madre sentenciaba: “¡Si no quieres berzas, pues comeréis berzotes!”.

Debéis repetir bien lo siguiente: “Álava, Albacete, Alicante, Almería, Badajoz, Baleares, Barcelona, Burgos, Cuenca, Ciudad Real...”.

Pruden, al dedillo, nos recitaba todas las ciudades españolas y en orden alfabético. Nosotros las aprendimos con el enorme respeto que se le da a una oración. Se sentía orgulloso de habernos transmitido todo ese amor por su lugar, el que entendimos, interpretamos y absorbimos de manera indeleble. Que sirvió en cierta medida para reparar su desarraigo, el que portaba como parte de su identidad y su alejamiento forzado y determinado a la vez de su tierra. Recuerdos muy adentro que a veces callado también expresaba y repetía en su clarísimo castellano:

“Tú eres muy joven, Chiqui⁷, quizás algún día podrás ver y conocer nuestro origen. Mira... a esta tierra, la Argentina, le entregué mi vida y la fuerza de mi juventud, le dediqué mi trabajo por ofrecer aquí mejores condiciones para desarrollar mis ansias y ver crecer a mis hijos y su descendencia. Sin necesidades básicas... puedo ahora brindar mi lengua, mis dichos, mis anécdotas, mis recuerdos de mi paso terrenal, a lo mejor trivial, en lo personal, pero, en la masa humana que somos los emigrantes, tenemos la fuerza arrolladora de un acontecimiento trascendente que a alguien, algún día, importará y estudiará para prevenirlo. Cuando pasen los años nos encontraremos en esas llanuras de Muga, en sus leyendas, en sus mañanas y en todos esos lugares que algún día, seguro, vas a conocer...”.

No tanto tiempo después, corría el año 1963, cuando mami Ceci, nos dejó inesperadamente por una muerte casual, ridícula, que nunca llegué a entender. Mi abuela Cecilia había partido sin habernos dicho una palabra, nada. Ella nunca quiso envejecer y se había sacado el gusto, su coquetería le impidió verse envejecer. El abuelo decía y no se cansaba de repetir...

“Mi dolor no tiene consuelo, camino por la casa como un perro mastín... expectante. Mis hijas están casadas, lejos de la casa, los nietos me visitan. No

⁷ Mi apodo familiar desde la cuna, dado que, me trataron como a su quinta hija, la primera nieta, la ahijada de mami Ceci. De allí el Chiqui. Cuando lo escucho, sé que viene de mi familia de Libertad, lugar donde nací. (N.A.).

me puedo quejar. Cada uno hace su vida como me ocurrió a mí. Allí, no tenemos miramientos y corremos, corremos al punto que nos parece más brillante, más atractivo. Mi ocupación diaria tiene un sinsentido agobiante. No me canso de plantear el sentido de la vida, la fuerza de la juventud, la ambición del hombre, su peregrinar, la familia, los hijos, la paternidad responsable, el amor a Dios y por último el sentido de la resignación”.

Existen recuerdos que impregnaron mi infancia y mi juventud, que marcaron a fuego una cultura adquirida desde mi familia, costumbres en el comer, en el hablar, en el relacionarse que hicieron esa persona que soy y la que es raro pueda no remitirse a ello, sobre todo cuando se valora esa fuente de la cual se emerge y sirve de base en el actuar, con sus ejemplos y sus imágenes.

La gente de aquella época que compartió de alguna forma su vida con nuestra familia, siento ahora como el deber de recordarlos e involucrarlos dentro de los años, desde 1940 hasta 1960: Dr. U. Nicolini, (quien asistió las enfermedades), Farmacia Anele (donde comprábamos los pocos fármacos que consumimos), Directora de escuela: Vivand de Márquez (perteneciente a la escuela primaria donde asistieron los jóvenes), Canale, Mussi, Moncada, Carrara, Santi, Longhi, Mir, Quesada, Poggi, Ferro, Riera, panadero Zoilo Gómez, modista Dorinda Sánchez, carnicero del Valle, Carolina, Enrica y Hortensia Carena, Manaza, Burgs, Artola, Furuken, Palin, Ritorni, Apioli, Achucarro, Martínez, Retolasa, Salustro, Ollos, Toledo, Maranzana, Pedredo, Bisini, Espairani, Pomati, Blasco, Lacia, Cabezón, Andriani, Masuchi, Camussi, Parets, Robinson, Nichols, Manaza, Melone, Cerezo, Pate-ta, Jacob, Apioli, Ramella, Unsain, Pierri, Ludueña, Diego, Moglia, Acuña, Siuto, Cuello, Serrano, Nai, Vicente... (vecinos de todos los días y clientes del almacén).

Apellidos que se arremolinan en el adagio del tiempo, cuyas vinculaciones entre ellos se tornan inespecíficas al comprender que intercambiaron sus sangres a través de la creación de nuevas familias. Españoles e italianos se juntan como primos hermanos con sus igualdades y sus diferencias, los que fueron tornando los poblados en un grupo poblacional cosmopolita, explicando ese lógico desarrollo urbano, casi endogámico. De resultas que todos pasaban a ser parientes de todos, en la magia de las vinculaciones de un pueblo chico a veces vidriera y especulación del rumor y de la diversión. Midiendo el progreso como el vector incondicional de la valía humana.

La descendencia.

Mi hija María Luisa está casada con Carlos Otero (procedía de Moreno). Mis nietos son Delia Gloria (Chiquita) y Carlos. Mis bisnietos e hijos de Chiqui son Germán Carlos y Lucas Gabriel e hijos de Carlitos son Juan Martín y María Mercedes.

Mi hija Mirta está casada con Alfredo V. Salinas (Libertad⁸). Mis nietos son Roberto Alfredo y Hugo Mario. Mis bisnietos e hijos de Roberto son Malvina y Daniel e hijos de Hugo son Marina y Nicolás.

Mi hija Emilia (Pichi) está casada con Rolando Angeli (Libertad). Mis nietos son Rolandito y Alex. Mis bisnietos e hijos de Roly son Soledad, Ezequiel y Agustina e hijos de Alex son M. Emilia y Nahuel.

Mi hija Mercedes (Toti) está casada con Alberto J. Moragues (Canals-Córdoba/Merlo). Mis nietos son Guillermo Gustavo y Cecilia Alejandra. Mis bisnietos e hijos de Guille son Federico y Mateo.

⁸ “La ciudad de Libertad se originó casi espontáneamente y si bien no tiene una fecha de fundación se establece como tal al año 1870, cuando ya se habían establecido en la zona una serie de familias en torno a una posta con una pulpería llamada La Libertad. Existen dos teorías con respecto al origen del mismo: una referida al hecho de que Libertad se llamaba una de las hijas del dueño, Juan Carniglia y por ello el nombre de la posta. Sin embargo otra teoría afirma que ese nombre se lo habían dado popularmente debido a que en ese sitio se podían desarrollar con libertad ciertas prácticas que estaban prohibidas en el resto de la provincia, como la riña de gallos y el juego ilegal”. “Más allá de las discusiones acerca del origen del nombre, sabemos que este paraje servía como punto de descanso a los viajeros que circulaban atravesando la Pampa de uno a otro sitio. Sin embargo, se establece como fecha de fundación al 23 de febrero de 1893 cuando se cancela la deuda otorgada por José Canepa a Juan Carniglia por la venta de la propiedad y el almacén de la esquina Libertad”. “Para las dos últimas décadas del siglo XIX habitaban la zona sólo unas pocas familias dedicadas a las actividades agrícolas, la mayoría de ellos inmigrantes europeos. Solamente dos hechos se destacan antes del vertiginoso crecimiento que tuviera el pueblo a fines de siglo: uno de ellos es la instalación del cementerio en el año 1871 como consecuencia de la epidemia de fiebre amarilla que había afectado a una parte importante de la población. El otro tiene que ver con la instalación de la escuela N.º 6 en el año 1889 que se inició en una finca en la calle Vergara al 161”. “Pero sin duda, el acontecimiento más importante, trascendente y transformador va a ser la instalación del ferrocarril hacia las primeras décadas del siglo XX, cuando los primeros ingenieros ingleses comienzan las obras para el trazado del ferrocarril Midland Railway Co. Esto dio origen a un conjunto de cambios en la zona que se van a manifestar de diferentes formas desde el crecimiento de la población, los loteos y la urbanización incipiente, la llegada de nuevos pobladores y el crecimiento general del lugar. A eso debemos sumarle la instalación posterior de los talleres ferroviarios en torno a la estación. Esto fue sin duda, una fuente de trabajo que hizo que muchas de las familias encuentren allí su principal medio de subsistencia”. “Paralelamente a este proceso se da otro vinculado a la venta de lotes, especialmente los del centro perteneciente a la Sra. Doña Georgette Salier de Hillner, que había mandado a construir tres casonas de estilo normando en el corazón del pueblo. El pueblo crece de a poco, su gente también; así se va originando un pueblo que poco tiene que ver con aquel pequeño paraje que rodeaba a la pulpería y comienza a expandirse hacia lo que hoy es el centro de la ciudad, deja de ser una aldea para transformarse en un pueblo ferroviario”. Fuente: [http://es.wikipedia.org/wiki/Libertad_\(Buenos Aires\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Libertad_(Buenos_Aires)). (N.A.).

EPÍLOGO

La familia Crespo Gracia está dentro de los que hicieron la historia de los pueblos de inmigrantes en América que partieron de las distintas regiones de Europa. En nuestro caso, de España, y más específicamente de la comunidad de Castilla y León. Guiados por la necesidad básica de tener un futuro mejor, donde el trabajo, la vivienda, la familia estuvieran a resguardo de cualquier acechanza perturbadora a sus fines, inspirados por la conquista de un mundo mejor de realizaciones las que fueran el fruto de la fe y el tesón. Alentados por un lugar de otras posibilidades para sus hijos, en el que pudieran tener un presente distinto, con perspectivas alentadoras para el trabajo y el estudio. Perseguidos por la idea de superarse como individuo y como raza. Colmados de una pizca de ambición y otra de aventura, completaron y justificaron a la mejor manera el partir, el desarraigo. Animados por la cultura del trabajo, por la vida y el futuro, por el crecimiento y la envergadura en la que se fue convirtiendo la sociedad.

En las noches de silencio, cuando el cielo está lejos y asevera lo dicho, es importante alzar la mirada al infinito para que de cuenta de ello y asevere el alcance de esos aportes. Que su quehacer no haya sido en vano por haber tenido la capacidad de transmitir a las futuras generaciones esa gema con la que vinieron dotados. Que merezcamos nuestro paso por esta tierra de conquistadores sin olvidar la valentía y la nobleza de nuestros orígenes. Que sirva este contenido para arrimarnos a una memoria popular escrita desde la espontaneidad de acontecimientos reales, cuyos testimonios personales fotografías y datos de interés, acerquen a su cometido.



Año 1920. Foto enviada a Muga a su madre, María Regojo.



Padres de Cecilia: Benito y Luisa Gracia.



Arribo a Argentina de Prudencio Crespo en diciembre de 1919. Constancia de la llegada según certifica el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA).



María Luisa y Carlos Otero. La felicidad los iluminaba. Año 1941.



Mercedes (Toti) y María Luisa, recién casada, en la calle Víctor Mercante, 50. Es la casa que el abuelo construyó en 1941 para que su hija viviera al lado de ellos. Allí nació Chiqui en 1942 y Carlitos en 1945, en Libertad. Algún tiempo después se trasladaron a capital federal por actividades comerciales.



Tarde de domingo, mujerío en pleno. Plaza de Libertad.



Prudencio Crespo, Cecilia Gracia, y sus cuatro hijas: María Luisa, Mirta, Emilia y Mercedes. Año 1941. La casa está en construcción para el casamiento de María Luisa.



Ford 1937 de Pruden.



La familia; todo mujeres, hijas y sobrinas, paseaban. Manejo de Carlos Otero, esposo de María Luisa.



Mami Ceci en 1952.



Cecilia con Mercedes en 1936.



Matrimonio formado por Prudencio y Cecilia, con María Luisa, en el año 1924.



Ceci en 1945.



Ceci en De izquierda a derecha: Mirta, Emilia y María Luisa arregladas al detalle.



De izquierda a derecha: Mercedes (Toti), Emilia (Pichi), Mirta y María Luisa.



Acta de nacimiento.



Cecilia Gracia y Prudencio Crespo, mis abuelos, ya maduros en el año 1962.



Cementerio principal de Libertad "Santa Isabel". Se instala en 1871.



Partida de matrimonio, 9 de setiembre de 1922.



Croquis del Hotel de Inmigrantes.



Congestionamiento en Dique 4, recién bajados del barco en Buenos Aires en 1876 según sanciona la Ley n° 817. El gobierno argentino llegó a abrir agencias en Europa donde difundían las ventajas de establecerse en el Cono Sur. Se tomaron diversas medidas para favorecer la radicación de extranjeros. Así en 1906 se crea el Hotel de los Inmigrantes (*sic*), donde tenían gratis cinco días de estancia, tratando de procurarles ubicación laboral. Fuente sin identificar, Archivo General de la Nación

te: "La Fotografía en la historia Argentina, autor sin identificar, Archivo General de la Nación Argentina, Clarín, tomo II, página 155.



Sociedad Española de Socorros Mutuos. Hospital Español. Año 1898.



Aluvión de personas que ingresaban de Europa, que se duplicó entre fines del siglo XIX y mitad del siglo XX. Fuente: "La Fotografía en la historia Argentina, autor sin identificar, Archivo General de la Nación Argentina, Clarín, tomo II, página 152.